

*RETRATOS Y AUTORRETRATOS
DEFORMES*



SERGIO MANSILLA TORRES

Este libro, en una versión más reducida,
fue galardonado con el
Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura Para Obras Inéditas,
Chile, 2009,
género poesía.

©Sergio Mansilla Torres
Aumen Digital, edición privada
Portada: Autorretrato, Heri Richelet, 2000
Las Canteras de Niebla, Valdivia, 2011

Índice

RETRATOS EN LA NIEBLA

- Retrato del dictador 7
Retrato de José Suárez 8
Retrato de Manfred Engelbert 10
Marcos y Daniela, en Caracol 11
Lluvia en Cholgo 13
Retrato de amor 15
Enrique Valdés canta una tonada 17
Don Juanito “Tonca” Oyarzún, el valijero 19
Jorge Torres Ulloa 20

RETRATOS DE FAMILIA

- En la última glaciación 23
Como la hierba ondeante 25
Los hijos son islas flotantes que van y vienen 27
Retorno a tierra 29
Las cosas no se ocupan de nosotros 30
Retrato ovalado de las hermanas Torres 31
Felisa Gómez Arismendi 33
Olegario Cárdenas viene borracho por el camino de Changüitad
34
Retrato imaginario de mi hermano mayor muerto al nacer 37
Retrato de mi hermano menor 38
Los difuntos se niegan a salir de nuestra memoria 39
Retrato de quienes todavía no nacen 40

AUTORRETRATOS DEFORMES

- Curriculum vitae 43
Al final de este poema empezará a llover 45
Ha empezado a anochecer sobre las colinas de la poesía 47
Adormilados junto al fuego 48
Escritura de analfabeto 49

Ante un poema de Sextus Propertio	50
Hosco arte	51
Murmullos con Derek Walcott	52
Leyendo a Seamus Heaney	54
Rendición de cuentas	55
Cuando hace calor no escribo poesía	56
Tengo flores en la memoria	57
La cosas no tienen límites	58
Enfermo al amanecer	59
Si no hubiera sido humano	60
Poeta	61
En la oficina de los objetos perdidos	62
Llevo la ciudad como un viejo abrigo	63
Que me perdone la lluvia	64
Leer es el oficio más difícil	66
Encuentro con mi demonio	67
Atardecer sereno	69
Reconciliación	70
Y que deshacerse sea pulcro	71
Nuestros descendientes	74

CODA

Querido poeta	77
Don Sergio	78
Lección de estética para mi hija	80

*¿EN RAZÓN DE QUÉ ESCRIBES TANTAS POESÍAS QUE NO HACEN REÍR
ANADIE? 81*

*Que otros hagan
el gran poema
los libros unitarios
las rotundas
obras que sean espejos
de armonía*

*A mí sólo me importa
el testimonio
del momento que pasa
las palabras
que dicta en su fluir
el tiempo en vuelo*

*La poesía que busco
es como un diario
en donde no hay proyecto ni medida*

(José Emilio Pacheco)

RETRATOS EN LA NIEBLA

Retrato del dictador

Tenía un rostro cetrino, usaba uniforme
de militar glorioso.

Como a muchos dictadores, le gustaba
que lo fotografien acariciando
la cabeza de los niños pobres,
o abrazando a unas señoras desdentadas
en algún acto oficial.

Murió hace tiempo, pero su voz chillona
y amenazante se escucha aún
tras las paredes de las casas derruidas,
en el corazón de los bosques de árboles quemados
en el frío rumor del granizo cayendo a medianoche.

Y muchos todavía tiemblan en las madrugadas
de las ciudades sucias
y otros muchos creen ver su adusta silueta
a la entrada de hospitales descascarados.

Todavía su retrato, descolorido, deforme
por la lluvia y los vientos,
cuelga y se agita sin cesar en los postes del futuro.

Retrato de José Suárez

Cierto domingo de abril de 2007, de mañana hablamos por teléfono con Modesta Suárez, viviente en Toulouse donde hay un río que nos recuerda todo el tiempo que somos mortales que hablamos y hablamos con fantasmas mudos. Hija única de José Suárez, antiguo combatiente republicano de la guerra civil de España, vivo a sus 90 y tantos, inscrito en el interminable catálogo de los derrotados, justo cuando aquí, en este sur de Sudamérica, el otoño compone su sinfonía de hojas amarillentas. Y el rumor de las explosiones dejó huella en el aletear de los pájaros que habitan en su cabeza: “mi primer fusil fue mexicano”, me dijo, “lo mandó Lázaro Cárdenas en un barco cargado de trigo; vaya el trigo que venía”. Luego vino el derrumbe: la muerte de Antonio Machado, los campos franquistas, la fuga por los Pirineos, los campos franceses en los que encerraban como a perros a los “rojos”, otra guerra, la Línea Maginot que no sirvió sino para que tantos mueran por nada, otro campo (esta vez preso de los alemanes), la resistencia que casi lo fusila por ser espigado y rubio (creyeron que era alemán), el bosque de Francia. Se hizo al fin leñador en algún lugar sin nombre, y taló los árboles de un país del que manó sangre y agua.

De ahí viene Modesta, convencida, como tantos, de que Colón no descubrió América, de que en realidad nadie ha descubierto nada que no sea lo que siempre quiso ver en las estrellas que nunca hablan.

Hablamos y nos reímos como si los caballos tuvieran las pezuñas encendidas al volar, y viviéramos despreocupados en

la casa infinita de la literatura, sin necesitar nada más que la imaginación, sin más techo que las palabras que evocan guerras, amores, países desaparecidos, noticias del granizo y la nieve, ladridos en bulevares en los que nacen moribundos que nunca han tenido padres. Es un hablar de materias murmurantes acerca de libros que nadie escribirá pero que nos acompañan como fieles perros de luz. La guerra fue un resplandor de otra galaxia. Pero el viento sigue soplando, y nos trae chillidos de niños muertos por la onda expansiva de las bombas silbantes. Ocurre todo igual a una noche repleta de antorchas: la literatura, la memoria, un día espumoso, el remolino de las hojas del membrillero de la casa, una sinécdoque que se llama Modesta Suárez —con catarro al otro lado de la línea—, un muchacho de 17 años peleando en las trincheras de la República. Ahora ya llegó la edad, y con ella el cuerpo mustio que, sin embargo, quisiera siempre florecer en cada primavera.

Le digo a don José que aquí el otoño me cierra un ojo en señal de complicidad. Se ríe y me dice que cuánto le gustaría cruzar el charco y venir a contemplar las montañas de Chile; pero ya es tarde, que siempre será tarde para él, que esperará con paciencia que el tiempo haga lo que tiene que hacer, nada más.

Retrato de Manfred Engelbert

Dos semanas estuvo por aquí Manfred, amigo sempiterno de los fantasmas luminosos; “lee el *Manifiesto comunista* como si leyera poesía”, dice Verónica. Y es cierto. Se llevó en sus bolsillos el recuerdo de la lluvia sobre el techo de la casa de Osorno: me dijo que, cual niño con sus 60 y tantos, se sintió por fin acunado por la lluvia de la primavera del sur chileno. Habló de sus amores perdidos en la niebla de la postguerra, en Alemania Federal, cuando Willy Brandt quiso abrir la cortina de acero de su país. Pasó el entusiasmo como pasa un barco por un canal estrecho, lento y acaso triste, siempre buscando el mar abierto para navegar los horizontes y amar en todo el aire el sueño inmortal de la justicia.

Cuando el taxi lo viene a buscar, le pongo “La internacional” a todo volumen, y tiemblan los vidrios de la casa: sé que estos acordes lo seguirán hasta el sitio aquél en el que se reúnen a conversar todos los perdedores de todas las revoluciones de la historia. A ver si un día de éstos la radio anuncia al amanecer que por fin se terminaron los días crueles de la tierra, y el café sabrá entonces a esa juventud que retorna en su ligero corcel de viento a desordenar las jerarquías que parecían eternas.

Me quedo entonces pensando en las olas de Pucatrihue que no se cansan nunca de chocar contra las rompientes.*

(Octubre de 2006, en Osorno, Chile)

* Pucatrihue: localidad costera de la provincia de Osorno, Chile.

Marcos y Daniela, en Caracol*

Manzanos otoñales llenos de manzanas rojas milagrosamente adheridas a las ramas desnudas. Los castaños y las hojas golpean la tierra fría del anochecer. Los troncos cortados con motosierra semejan restos de antiguas civilizaciones que hablaban el idioma de las ruinas del futuro. Aquí Marcos García y Daniela Caro se resisten al hundimiento en las lejanías de los espacios ajenos: amigos entrañables de las arañas que tejen cada noche lo que otros destejen de día y cómplices de los viejos habladores que lentamente se evaporan al final de la tarde sin más bienes que unas cuantas manchas de vino sobre la mesa de madera de roble antiguo. Alguien de pronto dice que es hora de volver. ¿Adónde?, me digo, mientras contemplo el trajín esplendoroso de las nubes. Hora de retornar a las luces llameantes de la ciudad fría, ahí donde todos somos pasto de animales que no tienen corral ni tiempo, ácaros depresivos que roen la raíz del pensar.

Último leño en la estufa, y una tristeza de zapato olvidado viaja por el río y se deposita en la ciénaga cercana, justo donde empieza el alumbre de las estrellas... Y los niños dicen que la lluvia cae desde esos huecos de luz, y después de decirlo corren, con sus piernitas veloces, en dirección a casa y entran dando gritos por las puertas del viento. Y los pinos se tornan de un metal opaco por la separación de los que nos iremos.

* Caracol: aldea campesina cercana a la ciudad de Osorno, Chile.

Ahí se quedan las paredes silenciosas, con la intensidad de una emoción que no cesa de abrir sus ventanas. Volvemos a 80 kilómetros por hora hacia atrás de nuestros pechos heridos por las agujas de sordas nostalgias que todavía no llegan pero que inevitablemente llegarán antes de que canten los gallos de la mañana. Volvemos al jardín primigenio que engendró decadencia, y ya no habrá nada con que abrigarse que no sea el recuerdo dulce de lo que alguna vez de verdad soñamos.

(mayo 2006)

Lluvia en Cholgo^{*}

Me llamo Luzmira. Las cosas de un tiempo a esta parte se han complicado. Mi hermana, la Lastenia, se ha tornado más soberbia y más porfiada que de costumbre; le aterra la pobreza y sus obsesión por ganar dinero no la deja dormir. Pero está casi tan vieja como yo, tan sola como yo, tan seca como yo. Nadie se fijará en ella por más ropa amarilla que se ponga en cada año nuevo con la esperanza de tener suerte en el dinero y en el amor (lo ha hecho durante 50 años, y nada). Y ella sabe que el truco no servirá, que los dados ya han sido echados y que no hay más futuro que una vejez triste junto al río y al mar de Cholgo en una casa de madera que viene deshaciéndose desde hace décadas. Nos quedan algunos vacunos, un par de cerdos, gallinas y un gallo de cola mocha; viven de milagro, porque todavía hay pasto en la vega y el bosque produce frutos silvestres, agua. Un día todo esto será un silencio montañoso entre nubes.

Flaca de carnes, flaca de todo como soy, las ovejas me miran intrigadas mientras camino con dificultad. Y pensarán, pienso yo, que ellas son más felices que nosotras porque, como no tienen conciencia de la muerte, el tiempo les transcurre como algo que no las desvela jamás. Sé que estoy enferma: artritis, me dijeron los doctores; pero además me llora el ojo izquierdo y tengo un bulto que me sobresale del estómago. Me molesta; me duele, aunque no estoy segura de

^{*} Cholgo: localidad rural comuna de Hualaihué, extremo norte provincia de Palena, Chile.

que sea dolor lo que siento. Ya no distingo cuando el dolor es dolor y cuándo es sólo el peso del cuerpo cansado que se derrumba. Un vecino me dijo que tengo un tumor; puede ser. Ahora pienso que moriré pronto y que cuando sea mi último día habrá un sol inusual sobre las montañas de Cholgo.

Trato de encender el fuego en la estufa, pero no hallo los fósforos; no veo tampoco leña seca ni astillitas para hacer la primera llama. Al fin aparece una lengüeta de fuego en la estufa, y el humo me hace llorar y ennegrece aún más la cocina. Mi hermana y yo nos miramos mudas de una mudez parecida al odio, sentadas una frente a otra, como troncos de raíces torcidas. Será mejor que salga a buscar algo de leña a ver si encuentro algunos palitos secos para avivar la llama. Quizás esta vez no vuelva sino en forma de madero oscuro flotando en el río. De cualquier modo ya no lloro; me morí hace mucho. Igual sigo con los ojos abiertos bajo la lluvia que entra por mi boca que nunca ha besado a nadie. Y el viento desordena a su antojo mis cabellos cenicientos. Quizás vuelva con un viaje de leña seca al hombro. O quizás, cual oveja con pizotia, me quede atrapada en las espinas de las zarzamoras deshojadas. Y la noche me lleve por fin lejos, muy lejos, en su carro de sombra y ceguera.

(Año Nuevo de 2007)

Retrato de amor

(A la manera de Roque Dalton)

Los esquineros, los pungas de siempre, los flaites^{*}
de la noche y de las madrugadas,
los culo caídos, las chicas panzonas, morenas, de pelos tiesos,
las ancianas sin dientes, los que huelen a mierda,
los cirróticos, los que están llenos de piñén,
los que se drogan con pegamento, los comedores de loto,
las muchachas ebrias violadas al amanecer,
los que hablan en jerga de barrio mugriento,
los que odian sin saber a quién odian ni por qué,
los que sueñan con comprar todo lo que ven sus ojos,
los que convierten el mundo en hospital desguazado,
los más tristes vagos que sangran por los tajos del olvido.

A los que encierran un día y los sueltan al otro,
sin saber qué hacer con ellos,
los que venden hasta su madre por un par de monedas,

mis hermanos, los que duermen tirados en los paraderos de
micros,
los que morirán en las veredas desiertas

* Flaite: chilenuismo que alude, a veces despectivamente, a veces solo como descripción, a jóvenes urbanos de clase baja cuya vestimenta, forma de hablar y comportamiento social es kitsch, vulgar, irrespetuosa. La expresión se le suele también entender como delincuente callejero, pero en rigor ser “flaite” no es equivalente a ser delincuente.

y serán por fin abandonados por los piojos,
mis hermanos, mis compatriotas, los nadie.

Enrique Valdés canta una tonada

In memoriam

Ha bebido, como siempre, el vino embriagador
de los que recuerdan demasiado.

Guitarra en ristre recupera las palabras luminosas,
entona lugares blancos de nieve.
Entre notas se vislumbra a lo lejos un jinete
montado en un caballo que se va.
Busca quizás cobijo bajo lonas impermeables.

Y los perros calientan los pies del amo
dormido bajo las estrellas.

Y mientras Valdés canta, la casa se estremece
como una muchacha tocada de pronto por el deseo.
Llegó la hora de deshacerse de los equipajes sobrantes
y dejarse llevar por la nave lenta de la poesía.

Pronto se irá en alegre conversación con las avutardas,
y nos quedaremos sus amigos con tantos manuscritos
de una vida que no pudimos corregir nunca,
textos borroneados como en un sueño en el ocaso...

Al final sólo nos queda la imaginación fulgurante.

Y las botellas vacías alineadas en el suelo de la cocina

son el verso final de una canción
cuya letra olvidamos hace mucho.

Don Juanito “Tonca” Oyarzún, el valijero

El barco hace sonar su sirena anunciando su llegada,
y don Juanito, en su chalupa de ciprés, rema con la fuerza
de quien huye de la muerte que lo persigue, guadaña en ristre,
por los mares salados y ciegos de la memoria.

Valijas llenas de cartas escritas para nadie,
encomiendas enviadas al país de los muertos.

Y el navegar tiene forma de pez
y la chalupa se pierde tras el vidrio de una lejanía empañada
por el aliento
de un hombre muy cansado que se duerme entre algas.

El barco hace sonar su sirena anunciando su partida,
y nosotros nos volvemos nubes dispersadas por los
arremolinados vientos del olvido.

Y los cuerpos secos entonces ya no tienen nada que hacer en
este mundo.

Queda apenas un remo plantado en la playa de una isla
invisible en mitad de una luz sin orillas.

(En Curaco de Vélez, Chiloé)

Jorge Torres Ulloa

In memoriam

Pudiera ser hoy el cumpleaños de Jorge,
una fecha sin fecha salida de un sombrero
y dejada por un desconocido junto a la puerta de la casa
como un bebé abandonado en un amanecer de escarcha.

Hay un sonoro cruce de copas escanciadas apenas
por los sombríos cuerpos de ayer.

Hora de escribir un trocaico al riñón inútil,
que aletea aún en pleno rigor mortis.

Y hubo que cerrar el poema mientras se hablaba bajito
de alguien que ya ni se sabe quién fue.

La ciudad es un vasto cementerio donde habitan
los muertos de mañana.

Pero hoy se repite el invierno, el frío, el mundo.

Y al poeta la muerte lo tacha cual cifra equivocada
o innecesaria en su registro de cuentas.

Pudiera ser hoy tu cumpleaños, en un día tan ácido como el
vino
olvidado por meses en copas polvorientas.

Fecha sin fecha, salida de las fugaces risas de los mortales.

Encabalgamientos inútiles que se amontonan
cual botellas vacías en los turbios bares de la imaginación.

RETRATOS DE FAMILIA

En la última glaciación

En la última glaciación de hace 18.000 años
dicen que un antepasado mío habría cruzado de Asia a
América
caminando sobre el mar congelado.

Cómo serían sus zapatos, qué comería,
qué soñaba sobre el hielo blanquecino del amanecer;
acaso durmió abrazado a quién;
traería tal vez la estrella polar brillando en sus ojos
mientras conversaba con peces voladores
que se convertían en estatuas de sal.

A las aves las envidiaría,
como lo hacen hoy los humanos,
porque pueden volar por sí solas.

Y pensaría que la liviandad
de los cuerpos es lo que más se parece
a la perfección infinita de las cosas.

O quizás no alcanzó a llegar adonde el sol
calentaba los cuerpos encogidos de frío;
murió de hambre o de sed o de viejo o de tristeza;
con la mirada les pediría a sus hijos
que sigan adelante y que lo olviden.

O simplemente se perdió, solo,

en la grieta de una noche que duró meses.

Cómo serías, me pregunto. Acaso
escribías en la nieve la biografía de los desamparados
y luego cerrabas los ojos para que existiera
algo de realidad en las palabras que se deshacían al instante.

Como la hierba ondeante

*Al capitán Mateo Mansilla y sus hijos,
Santiago de Castro, 1567*

Como la hierba ondeante, lucharon por la vida,
y unos perdieron, y otros ocultan su muerte
en las muchas provincias del recordar.
Comieron con la enfermedad, y de ellos
no quedó monumento público alguno.
Pasaron como un barco, allá lejos
donde el sol se hunde en el mar.
Llevaron al hombro sus corazones mojados,
mientras tanteaban en la noche el aire sucio
de los nombres que nadie escribió
sino con ceniza errante en el pizarrón verde de los bosques.
Creían que había un rey bueno en España,
pero vivieron todo el tiempo en la noche ciega
de los abandonados. Tal vez rezaron;
tal vez se sintieron los elegidos de la providencia
y despreciaron a tantos gentiles
que hablaban lengua de cochayuyo y luche.*
Al final, como siempre, las cosas se reducen

* El cochayuyo (*Durvillaea antarctica*) es un alga parda comestible rica en yodo que crece en la costa de los mares subantárticos, en Chile, Nueva Zelanda y el océano Atlántico Sur. Luche (*Porphyra columbina*), alga comestible de color verde rojizo que crece adherida al sustrato en la zona intermareal, muy consumida por las poblaciones costeras del sur de Chile.

a niebla, a humo, a destellos que se precipitan
en las tardes solas, a sombras que nacieron para no volar.

Los hijos son islas flotantes que van y vienen

Los hijos son islas flotantes que viajan según el orden de las corrientes. Murmuran saludos lejanos, disparan bengalas de silencio, envían mensajes con banderas que no pertenecen a ningún país. Hay días en que están en otro hemisferio, y el sol los ilumina cuando nosotros dormimos acariciados por una pálida luna de papel. Pero hay otros días en los que están tan cerca de nosotros que no es posible distinguir qué es de ellos y qué es lo nuestro: son entonces islas pegadas a una orilla de palabras que palpitan como cuerpos sin ningún significado conocido. A veces los hijos son islas a la deriva en el mar de nuestras promesas sin realidad. Ellos, sin embargo, siempre emproan^{*} hacia donde los arco iris construyen un diseño de cielo que no nos pertenece. Padres somos, y no escaparemos de la tarde otoñal que nos pone melancólicos tras la ventana empañada. ¿O serán nuestros ojos los que no ven sino nubes en lugar de realidad? Los hijos nos llaman cuando están lejos, y respondemos contando historias inverosímiles; nada que ayude a comprender los gestos misteriosos del agua siempre joven.

* Emproar: Se refiere a dirigir la proa de la embarcación en alguna dirección determinada. Verbo no registrado por la RAE, aunque su uso no es infrecuente entre la gente de mar de Chiloé.

Retorno a tierra

El timbre de la casa anuncia la llegada
de dos ojos de luna en racimo azul.
Mochila en la espalda; del pelo
gotea un rocío cual última lágrima
de estrellas apagadas hace mucho.

En la puerta el vacío cobra cuerpo y saludo,
y los pasos se adentran en un augurio
de pájaros errantes.

Hace semanas eras leyenda;
hoy acabas de llegar de las ausencias
pedregosas. Y estás
aquí mucho antes de que sea tu ocaso.

Es aún de día, y sobre los techos
con musgos se ve una sonrisa inclinada
sobre mi frente de árbol respirante.

Y tu voz brilla con luz propia
en los oscuros parajes de la melancolía.

Las cosas no se ocupan de nosotros

Si me gustara escalar los volcanes,
diría que eres un cráter abierto a un cielo indiferente.
Si fuera sargento, te reclutaría
para el batallón de los que irán y no volverán.
Y si fuera un viejo árbol solitario en medio de la pradera,
te invitaría a descansar junto a mis raíces.

Pero ya sabes: las cosas no se ocupan de nosotros.
Y nos hacemos y nos deshacemos
cual voces indistinguibles en el murmullo crepuscular
de la llovizna acariciante.

Te dejaré en la puerta del aire,
y me iré sobre olas, de tumbo en tumbo.
Y serás sendero hacia el jardín de un sol
de película detenido en el mediodía.

Y que tu mirar achinado
dé campanadas azules sobre islas mudas
que me esperan con los brazos abiertos.

Y que la risa haga que nada falte a la realidad.

(Junio de 2009)

Retrato ovalado de las hermanas Torres

Desde el viejo retrato ovalado, colgado en el salón,
ellas nos miran levemente sonrientes;
acaso coquetearon con el fotógrafo
o pensaron en los amores que les esperaban a la vuelta de la
esquina.

Unas cejas como arco iris oscuros, los dientes blancos asoman
tras los labios carnosos entreabiertos.
Peinados altos; quizás zapatos taco aguja, medias nylon
sobre pantorrillas bien formadas,
faldas plisadas, unas cuidadas popelinas sobre la piel joven.
Pero sólo veo sus rostros y sus hombros redondos
que grabaron la lente del ojo que tuvo la suerte de verlas
a la hora de sus esplendores reunidos.

Entonces los muchachos las seguirían deseosos con la mirada,
y el viento y las feromonas eran una sola nube
de un domingo después de misa.

Ahora visitarlas sería una caridad: una se fue atravesada
por la paloma del cáncer; otra se perdió en las ciudades
indiferentes y lejanas; la tercera es mi madre,
y le duele mucho el dolor de la juventud
que se fue como agua entre los dedos.

Esta noche de invierno lloverá, como todas las noches

en el invierno de la isla;
esta noche que no tienen ninguna razón
para apiadarse de ninguna anciana.

Y los brujos danzarán sobre el techo de la casa
su alegría de ser inmortales.

Y allá abajo, en el sueño, te irás de repente,
como un ave torpe que al fin, después de una vida entera,
aprendió a volar por encima de los cerros, los barrancos, los
mares.

Felisa Gómez Arismendi

(En 2005, en su último invierno)

Murmuro en el idioma de nadie
y cada día pierdo un poco de sombra.

Y el recordar es un resplandor de huesos
que alumbra, por instantes,
los olvidados bosques de mi juventud
perdida en los invisibles vientos de la tierra.

Horas paso ante la ventana,
pero no veo ni paisaje ni luz ni noche.

Y otra vez murmuro sola al borde del camino
de los muchos que se marcharon
bajo la lluvia antes de mi hora.

Hablo, pues, el hablar de los espectros
que se niegan a irse de este mundo.

Olegario Cárdenas viene borracho por el camino de Changüitad*

Dos instantáneas

I

Canta en falsete una ranchera sin patria.
Y en zigzag camina tambaleante por el camino de tierra
lleno de barro y pozas.

La noche lo envuelve con su chal húmedo,
pero él solo conversa con la muerte pechugona
que lo sigue tres pasos atrás:

“Voy hacia el cajón que me mandé a hacer
hace tiempo”.

“No será esta noche, viejo; estás demasiado
ebrio para abrirte las puertas de mi corazón”.

Ya va en su tercera caída: el alcohol le hace
ver barcos iluminados en el follaje de los árboles.

Esta noche cantas por los caminos de nadie,
y yo te oigo entre olas y rumores de maquis y chilcas,

* Changüitad: localidad rural de la isla de Quinchao, Chiloé, donde transcurrió mi infancia.

y después te veo a manotazos contra el repecho.

Y todavía estás ahí, tratando inútilmente de subir
el barranco de los ángeles caídos.

II

“Conocí a Allende y a Neruda en una huelga
del frigorífico Bories de Punta Arenas;
Neruda era un viejo gordo...”,
dijo un día entre copa y copa.
Y habló de sus viajes de pavo en barcos
que no llegaron nunca a ningún puerto.

Celebró con una borrachera de dos días el triunfo de Allende
y lloró por años la muerte de su presidente.

Y se fue de a poco confundiendo con las quilas,
con el pardo verdor de los pangues* de la quebrada;
su hablar, como de chucao*, se perdió
en la espesura de bosques antiguos;
su cantar ebrio se hundió en el barro gris de la playa
y se volvió navajuela* dormida bajo el lodo
donde la memoria ya no distingue entre cuerpos

* Pangue: la hoja de *Gunnera tinctoria*, llamada también nalca.

* Chucao (*Scelorchilus rubecula*): Ave pequeña característica de la selva y bosques de la zona sur y abundante entre Valdivia y Chiloé. Tiene hábitos reclusos y sigilosos, que lo hacen mantenerse generalmente dentro de las espesuras de los bosques.

* Navajuela (*Tagelus dombelii*). Molusco bivalvo alargado que vive bajo la arena fangosa, típico de las playas australes de Chile.

y almas errantes en la noche que viene después del lenguaje.

Se perdió al fin en la salada fuente del silencio.

Retrato imaginario de mi hermano mayor muerto al nacer

Salió de mañana directo a la laguna
que lo esperaba reflejando el cielo.

Las ropitas quedaron sin desnudo,
ningún cuerpecito respirante,
nada en el zapatito de lana,
ni boca para la leche que caía a la tierra
como una pálida lluvia triste y lenta.

Te llevaron por pasillos azules,
y papá caminó solo todo el pueblo
con la caja blanca bajo el brazo,
mientras los pájaros volaban hacia las bellas
colinas de la vida.

Sin nombre, sin historia: igual que un grano
de arena en la inmensa playa de los desamparados.

Diminuto como un rocío,
te evaporaste en cuanto salió el sol.

Mamá se quedó con un vacío verde
en todos los días de su alma.

Retrato de mi hermano menor

Bebe cerveza desde el gollete de la botella,
fuma a cada rato, re ríe con una alegría dura
como las rocas marinas cubiertas de algas verdosas.

Nunca me habla de poesía.
Tal vez no la lea, o, si la lee, no la entienda.
Tal vez escribe en el aire pensamientos simples
que se borran solos.

Tal vez lee y entiende infinitamente mejor que yo la poesía.
Y la aprecia como quien aprecia un día luminoso
que trae buenas noticias para un espíritu afligido.

Somos hermanos; es una costumbre
que viene de lejos
y no haremos nada por cambiarla.

Se sube de pronto a su camioneta y se va raudo
por caminos que para mí, peatón sempiterno,
se me figuran países desconocidos
de continentes lejanos.

Vuelve más tarde; me saluda.
Y nos quedamos callados mientras vemos
un barco que pasa lento delante de nuestros ojos
cansados ya de esta penumbra que no pasa.

Los difuntos se niegan a salir de nuestra memoria

Los difuntos se niegan a salir de nuestra memoria.

Mi padre, por ejemplo, murió hace varios años;
pero su imagen, sus dichos,
vuelven una y otra vez a reiterarse
en lo que digo y en lo que sueño.

Están ahí los difuntos, porfiados, lánguidos,
ocupando los recuerdos
que nos vuelven impotentes dioses:
sabemos más que ellos,
lo que ocurrió después de su muerte:

la viuda que se volvió a casar,
los hijos que subastaron, sin respeto alguno,
las herencias,
la casa que quedó abandonada junto al camino gris,
los lacrimosos epitafios escritos sobre mármol.

Pero no podemos cambiar nada
de lo que ellos vivieron,
ni expulsarlos del relato de nuestras vidas.

Están ahí, haciendo gestos que se confunden
con los de las nubes que ningún viento
arrastra a ninguna parte.

Nunca nos abandonarán por más que nos adentremos
en el humo incoloro de sus ausencias.

Son así los difuntos: hacen cuenta
de que nosotros somos su eternidad.

Retrato de quienes todavía no nacen

Qué alegres, qué jóvenes los imagino:
caminan con sus pasos torpes de niños
que parecen recién salidos de las nubes;
como peces de agua, son resbalosos y brillantes,
y sólo ellos, y nadie más que ellos, saben
reírse de la muerte que entonces se va, amurrada,
con la cola entre las piernas
por callejones de cuerpos semovientes.

Cuando nazcan, si nacen, comenzará la cuenta regresiva,
y tendrán a la larga que conformarse con los vestigios
de una innumerable eternidad cansada,
como todos no más, como todos.

AUTORRETRATOS DEFORMES

Curriculum vitae

De una oficina del gobierno me han pedido que les envíe mi “currículum de poeta”.

¿Qué podría consignar en un documento oficial que acredite mi “trayectoria literaria”? ¿Acaso las nubes que, de niño, tendido de espaldas sobre el pasto húmedo de las pampas, veía convertidas en caballos, enanos, jirafas, colinas, en rostros de monos, o, tal vez, mencionar las lágrimas caídas en la ceniza y la espuma que sale de la boca de las palabras mudas? Consignaré el título de mis libros. Pero los títulos nada dicen de los borrosos paisajes de la infancia de los que nunca he podido salir; tampoco sirve mencionar premios nunca obtenidos ni mi preocupación acerca de si se me será dada o no la dicha de morir sin agonía. Y un verso mío recitado de memoria por un muchacho que no me conoce no cuenta para este tipo de informes.

Escribiré que he leído, sin entender, el libro del mundo y que me gano la vida dando clases de literatura, que es como hablar de estrellas de las que nadie está seguro de que existan. ¿Si pertenezco a alguna agrupación de escritores? Sí, debería decir: a la de quienes no saben qué escribir cuando se trata de escribir poesía, pero que se emocionan con canciones tristes que hablan de amores que lentamente se borran con el crepúsculo. ¿Qué cuántas veces los críticos me han citado? Cómo saberlo, si los poemas pasan de largo como viajeros de autobuses que olvidan, de pronto, el paradero correcto y van a

parar a los botaderos de la ciudad. Y ahí no llegan los críticos; sólo obreros municipales encargados de la limpieza.

Declararé que tengo deudas cariño que no podré pagar jamás; si ni siquiera el nombre que me nombra es mío: alguien me lo prestó una vez con el compromiso de que lo devuelva cuando llegue la hora. Anexaré al final el recuerdo de ciertas fechas sin importancia, días en que nada ocurrió, que ningún historiador registrará; simplemente días en los que el sol brilló sobre mi cabeza y fui feliz, como lo puede ser una gota de agua estrellándose contra la tierra seca del olvido.

Al final de este poema empezará a llover*

Al final de este poema empezará a llover.

Y al filo de la lluvia partiré hacia las islas perdidas
con la creencia de que no seré tocado
por la cortante flecha de la muerte mientras dure la
navegación.

Y la lancha se perderá en la niebla
y se confundirá con el crepúsculo de ceniza
y con el balanceo del mar bajo las tensadas cuerdas
de la noche que se acerca.

El poeta, con los ojos nublados, mira el puerto
iluminado que se aleja en dirección contraria al otoño:
es el primer verso de una epopeya
que quedará, tal vez, trunca.

Saludo a las toninas que nos siguen a corta distancia.

Y pienso en tus cabellos, esposa, cual nube de rayos grises
y en los hijos lejanos a los que seguimos
con las blancas gaviotas del pensamiento.

Al final de este poema empezará a llover;
pero no sé si veré ese momento único y esplendoroso

* Poema concebido como reescritura de “Archipiélago” de Derek Walcott.

sobre la herrumbrosa cubierta del lenguaje.

Alguien, entonces, el más ciego de todos los marineros,
tañerá el primer verso de la *Odisea*.

Ha empezado a anochecer sobre las colinas de la poesía

Ha empezado a anochecer sobre las colinas de la poesía,
y yo, con un palo aguzado, escribo
en la tierra húmeda del camino
un saludo a las primeras estrellas.

Las ovejas corren en tropel
hacia el verso final del poema nunca terminado.

Mas no leen sino el pasto
de su hambre,
y su balido, anterior al lenguaje,
lo pronuncian mostrando los dientes rapadores.

Las gaviotas detienen su vuelo
al final de la tarde gris:

Por un instante semejan crucifijos inmóviles en el aire.

Adormilados junto al fuego

En la corriente del silencio retumba
el latido de Homero cuando,
cansado de dioses, héroes y guerras interminables,
tomaba el rumor de la tierra y el rumor del mar
como prólogo de la epopeya que nunca llegó a escribir:

aquella sin el choque refulgente de los metales de las
armaduras
y sin el heroísmo, iluso al fin, de los que morirán
por una sombra tratando de escalar las altas murallas
de una ciudad hecha de nubes.

Una epopeya que celebra la lentitud de las caracolas
o el crepitar del fuego en la estufa a leña
encendida desde la mañana temprano
o la dejadez del gato arrullado en su sueño felino,
de mostacho largo y pelambreira suave,
esperando, sin prisa, sin pena, la balsa de Caronte...

Y el viejo Homero, con temblor rápido, se sacude
la lluvia de sus alas empapadas y busca las palabras
tanteando con un palo aguzado lo que otros
escribieron hace tanto bajo la ceniza caliente
de las edades muertas que no mueren.

Escritura de analfabeto

La mesa de la cocina alguna vez fue árbol
en un bosque del sur de mi país.

¡Pido perdón por comer sobre un cadáver
que no reclama!

¡Y por escribir en ella, con escritura de analfabeto,
lo que esta mesa me dicta
con su lenguaje mudo de madera talada
por los filosos dientes del otoño interminable!

Ante un poema de Sextus Propercio

Volvamos entretanto al ruedo de nuestra poesía.

Te saludo, ya pasado dos mil años,
amante de Cintia, dura ella cual mármol a tus quejas,
dolido y enamorado del placer, Propercio,
como el violento rocío de los pastos solos.
Ni Baco ni Júpiter hicieron mucho por las poesías
de amor, no como Calíope al menos,
que no se cansó nunca de tus ritmos.
Aunque la cabeza no estuviera siempre sobre los hombros
y fueras sólo un nombre en libros polvorientos:
hoy la poesía, Propercio, es casi un lujo de ociosos.
Y aunque tus frutales no igualaron nunca a los de Feacia
(según tú mismo dices),
no morirás por el azote del tiempo,
aun sin mausoleo suntuoso. Sólo las abejas
zumban versos inconexos en latín de nadie.
Propercio, empresa grandiosa es salpicar con cantos
el concreto de las ciudades insensibles.
Sabemos que la fama ganada con talento no se perderá.
Aunque nuestras casas no se apoyan en columnas de marfil,
y el resplandor del amor se apaga como un fuego
olvidado por poetas que se duermen para no despertar.
Sueñas recostado en las colinas dulces de Venus.
Propercio, te está reservado el placer final de las metáforas
que pervivirán sobre las tristes ruinas de los imperios.

Hosco arte

Con Dylan Thomas en el repique

Hosco arte, ejercido en días no tranquilos
con el recuerdo del padre entre nubes blancas;
palabras no dóciles
que entran en los ojos de los muertos ciegos,
que se pronuncian en la garganta
temblorosa del arroyo.

No para los soberbios escribo;
ni para lucimiento ni simpatías:
sí para el salario común de los corazones
que combaten con fieras lágrimas
a las encumbradas sombras de la fiebre.

Los cielos no responderán, por más rezos
del rezador ya cansado,
pero este hosco y sombrío arte,
ejercido entre hálitos efímeros,
quizás cante el trabajo alegre de los amantes,
y quizás entonces el lecho se ilumine
como una estrella viva a punto de nacer.

Murmullos con Derek Walcott

No hice más que imitarte este verano,
mientras Sandra y yo paseábamos
por las arenosas playas de Quillagua:^{*}
dunas y sol, olas enormes del Pacífico Sur,
brillantes llamas de espuma salada
que anuncian la blancura del más allá.

Y a nuestra espalda el bosque de renovales;
en 50 años habrá coigües y pellines
gigantes que miren el mar.

Derek, te cuento que nos picaron las pulgas,
y el atardecer del litoral nos captura
con su red de luz
y la sinuosa memoria nos habla en un dialecto
cuyos verbos no se pueden conjugar en futuro.
Hace tanto sol sobre la arena que no se puede
caminar descalzo sobre los granos grises de la playa.

Regresamos al anochecer a casa por un camino entre
eucaliptos,
y nuestra cama tenía los remos inclinados
y ni siquiera tú, Derek mulato, puedes ayudarme a encontrar
el lenguaje fluctuante entre Propercio

^{*} Quillagua: el poema alude a una localidad rural costera ubicada en el litoral de la provincia de Llanquihue, Chile. Existe también un lugar homónimo en el norte chileno.

y los barcos hundidos en el mar de la infancia.

Y las grandes rocas de la playa
eligen vivir como metáforas en el poema que escribo
mucho tiempo después de haber estado yo allí.

Leyendo a Seamus Heaney

En una estación de metro de Santiago de Chile

Como topos, de prisa por túneles abovedados,
corriendo más que un dios loco y desnudo,
gente apretujada, muchedumbres en envases rodantes.
La estación pudo ser el fin del viaje,
el umbral de un paraíso lleno de corolas y pecíolos tiernos.
Yo, que vengo del mar, sólo oigo olas lejanas
en las ventanillas abiertas siempre a la eterna noche
subterránea.

Como de la caverna de Platón emergeré alguna vez
a la superficie donde la luz no deja ver a los muertos.

Y si tus pasos me siguen, no miraré atrás
para que no seas humo que se dispersa en un abrir y cerrar de
ojos.

Sólo me fijaré en la burbuja de lo poco o mucho
que quede para entonces.

Y en la infalible promesa del viento: “estarás bien;
seguro que estarás bien, si al fin no eres más que un ladrón de
aire”.

Rendición de cuentas

A la hora de las cuentas,
diré que pensé muchas veces escribir para la posteridad,
que incluso estuve a punto de hacer grandes cosas;
pero siempre, a último momento, hubo algo
que me impidió hacer lo que debía hacer.

Una veces fueron las tareas diarias
que me reclamaban con urgencia;
otras porque me sentía cansado, enfermo, aburrido;
o porque pensé que más tarde los astros estarían a mi favor
o porque justo cuando me disponía a empezar
alguien llamó inoportunamente a la puerta.

Y así fui dejando todo para un futuro
que se perdió en una promesa sin fin.

Pobre poeta: nunca supo que no hacer grandes cosas
era la única cosa grande que podía hacer.

Cuando hace calor no escribo poesía

Me apoltrono en el viejo sillón reclinable de cuerina,
echado como un cerdo en el barro,
con una cerveza fría en la mano, amarga
de una amargura fresca y espumante.

Pongo a dormir al poeta que soy;
al crítico lo mando a encender el ventilador
y mis animales se solazan en la flojera
más milagrosa de todas:
aquélla que hace ver la luz de los muertos
que vienen a visitarnos en cuanto cerramos los ojos.

Nada de libros: esos adobes que no sirven
para edificar torres que resistan terremotos.

El calor, podríamos decir, es un buen antídoto
contra los excesos cursis de la literatura.

Tengo flores en la memoria

Los niños del vecindario juegan dando gritos en la calle
y la algarabía entra por las ventanas
y desordena el tranquilo paisaje de los sonidos.
El viento se estrella en la espalda de la tarde.
Imagino el polvo de los caminos rurales
como una ligereza sin nombre entre los dedos.
Tengo la sensación de ser un extranjero,
arropado con una manta vieja y deshilachada,
en la más remota estación de un país sin habitantes.
Pero amo las palabras de la vida
y las escribo, con torpeza, sobre las limpias páginas del libro
de los muertos.
Me detengo en largas elucubraciones acerca del origen de los
ríos
y, ya cansado, cierro los ojos e inclino la cabeza
en el hombro de quien conmigo se complace
en contemplar el fin de este día luminoso.
Tengo flores en la memoria, pero sus pétalos
se deshacen antes de ser tocados por el aire.
El ladrido de un perro y la ronca melodía de un motor de
automóvil lejano
hacen vibrar el tenue vidrio de las palabras
en el momento mismo en que cerramos los ojos,
acunados por el canto invisible de los mares floridos.

La cosas no tienen límites

En sueños viajo en un instante a las nubes
que me llaman con melodiosos cantos de aguas voladoras.

En sueños caigo de lo alto de los edificios
y no me quiebro ni un hueso siquiera:
es como estar entre algodones perfumados con pétalos de
rosa.

A veces muero en sueños, y me veo muerto desde las ramas
de un manzano cargado de manzanas color marfil.

O sueño que me despierto con los besos de muchachas aéreas
que vuelan de una isla a otra como si nada.

Un día de estos no despertaré: será como estar
bajo dos soles al mismo tiempo
y escuchar para siempre canciones de amor entre enredaderas.

Un día de estos hablaré en griego antiguo
y me emocionaré hasta las lágrimas
cuando el más viejo de todos mis amigos,
haciendo un último esfuerzo, recite el verso final de la *Odisea*.

Enfermo al amanecer

Cetrino el rostro, respirar desahuciado,
con toses color ocre, mirada vidriosa tal vez
pero siempre excesiva para tan poca cosa
que rodea al respirante.

La debilidad por momentos toma la forma
de un placer inexplicable.

Afuera llueve (o le parece al respirante que llueve);
luego asoma un pez escamoso en el horizonte,
y sus ojos sin párpados proyectan una luz
casi insoportable a través de los visillos.

La cabeza duele un dolor espeso
(¿o será el vacío que ya está vivo en el pensar?).

Habrà sido ya elegido, y vienen los diablos
a lo suyo, con parsimonia, al inicio del día
para que todo sea claro,
como tiene que ser la transparencia del despido.

La cama huele a cuerpo sudado,
y el velador es un desorden de remedios, de líquidos aceitosos
y cucharas, escudilla en algún lugar, gotarios antiguos...

El día no se detiene en estas pequeñeces
y no se ocupa de los humores corporales que se salen,
que se van sin decir adiós:
hace, nada más, su hacer de aire, y sigue.

Si no hubiera sido humano

Me habría arrastrado por la arena caliente de los desiertos
o habría volado de un hemisferio a otro en primavera.

Araña, oso, culebra o huemul: bestia hubiera sido,
hecha a la medida de los fríos de las estepas
o del calor sofocante de los manglares.

O un árbol clavado en la tierra,
a merced del leñador implacable.

O bacteria apenas visible bajo la lente del microscopio,
habitante en los intestinos de no sé qué rumiantes.

Pudo haberseme dado la breve vida de las moscas
o la misteriosa vida de las profundidades de los mares sin luz.

Pero me tocó vivir humano,
aquejado de múltiples enfermedades nerviosas,
especialista en escribir versos en un idioma
que, como todo en este mundo, se extinguirá un día para
siempre.

Aunque tal vez no soy yo mismo sino otro igual a mí en mí:
alguien que, sin cobrarme nada,
me ayuda a soportar mejor la realidad de la realidad.

Poeta *

Cuando escuches un trueno lejano me recordarás.

El relámpago invisible del nacimiento me abrió
una puerta encantada,
y me perdí en el bosque azul de tantos confusos deseos
tan parecidos a mil telarañas en el pequeño rincón que me fue
 dado.

Dirás que llevé una vida despreocupada,
escuchando música, leyendo libros de inciertos contenidos,
oyendo el murmurar blanquecino de las nubes.

Hubo algunos que escucharon mis peroratas
sobre las bellas maneras de decir “soledad”,
“camino”, “cuerpos zumbantes” y expresiones similares.

Mas la verdad es que en lugar de disertar
preferí siempre oír el canto de los pájaros
y conversar con cuanto insecto se paseó alguna vez
por el dorso o la palma de mi mano.

Cuando escuches un trueno lejano estarás ahí
para que la dicha nunca pierda la memoria.

* Paráfrasis de un poema de Ana Ajmátova.

En la oficina de los objetos perdidos

Pasando de una isla a otra, de pronto
se me perdió el mar
y perdí entonces las aletas, las branquias que quizás
tuve alguna vez, las escamas
se hicieron piel pálida como la luna.

Salí de mí mismo y repté a tierra;
perdí a mis parientes
o se extinguieron en no sé qué cataclismos.

Hace tiempo que las garras desaparecieron
de mis pies
y lo mismo las alas membranosas
de mis brazos.

Me sorprende cuánto he dejado de ser,
cuán poco queda de mí.

¿Qué más perderé en la noche
iluminada de la ciudad indiferente
en la que vivo acaso por un error en el curso de las estrellas?

Llevo la ciudad como un viejo abrigo

La ciudad como un viejo abrigo:

bolsillos rotos en el fondo,
forro gastado en las axilas,
bordes roídos por los que aparecen
las tramas interiores de la tela.

Llevo puesta la ciudad como un viejo abrigo
perfectamente amoldado a mis hombros,
uno más caído que el otro,
y a la espalda medio encorvada
por el peso de las deudas de toda clase.

Llevo la plaza en el canisú,
fechas de libros antiguos en las mangas
que están siempre sucias en los bordes.

La ciudad que no ama a sus barrenderos,
y vive escondida tras paredes de rumores
que viene de este mundo y del otro.

La llevo como un viejo abrigo
comprado en una tienda de ropa de segunda mano,
un abrigo que no sabe cómo nombrarse a sí mismo
cuando asoma rampante el desamparo.

Que me perdone la lluvia

Que me perdone la lluvia por no quererla tanto
como se merece.

Ella hace nada más su trabajo: moja el alma reseca
de vivos y muertos
y entra por el cuello del impermeable
y se escurre por el canal de la espalda,
siempre en busca de la tierra
que, sin prisa, nos aguarda.

Y que me perdone el sol por alegrarme demasiado
cuando brilla sobre nuestras cabezas,
siempre tan duras para comprender
el porqué de las cosas.

Él hace nada más su trabajo. Y yo
¿quién soy para alegrarme cuando las nubes
se retiran a sus invisibles cuarteles de verano?

Ni a la lluvia ni al sol les importa
nuestros pequeños sentimientos personales:
son menos que briznas en el diseño de las olas,
menos que una ausencia que no tiene
ni orilla ni sombra.

Que me perdonen la lluvia y el sol
por pedirles que me perdonen.

Y por hablarles con palabras tan indefinidas, tan vagas, tan
inútiles
para designar lo que no tiene ni comienzo ni fin.

Leer es el oficio más difícil

Alguien hace luz en el futuro errante:
abre su libro, como abrir una ventana,
y deja que la brisa refresque los nombres
de los que nacerán quizás cuándo, quizás cómo.
Y se agita apenas el visillo tras el cual el mar
habla con sus flores de espuma.
Y repite el reloj mis sílabas ya descoloridas:
pelambreira de significados que se deshacen
como cubos de azúcar en el café.
Y vuelvo al comienzo, al momento anterior
a la primera campanada de la lluvia
sobre el suelo quemante de esa muerte incolora
que está antes de la vida.
Alguien tal vez deletree la frase clave.

Pero es frágil la realidad
y es inconstante
y es enorme como la noche espacial
que no tiene ni atardecer ni mañana.

Y el viento sopla en dirección a todas partes
y a ninguna.

Encuentro con mi demonio

Me dijo que me llevaría a casa; me explicó que era la sombría habitación de mi nacimiento.

Verás desde tu ventana —me dijo— florecer los ciruelos
y volar los pájaros de rama en rama
y tus ojos y tu mente se fijarán en las gotas de agua
que lentas se deslizan por el lado de afuera de los vidrios.

Pero tú —me dijo— no estarás ahí para tocar nada,
y cada día será como una neblina que crece
y al final no habrá palabras para el final:
sólo lugares comunes, expresiones cursis
en boca de quien odió siempre la cursilería.

Y la lluvia será más sorda, más murmurante,
más parecida a un sueño que nadie sueña.
En el instante último de lucidez
te preguntarás si valió la pena.
Y no habrá tiempo para respuesta alguna.

Sólo la piel cetrina, y una sombra inmóvil
que no tienen ya ningún cuerpo que acompañar.

“Para esto viviste”, me dice. “¿Para qué?”, quise preguntar.
Las palabras se me ahogaron en un charco de primavera.
Y vi un niño que se reía y que se iba cantando y saltando
hasta perderse en la espesura del tiempo

sin ningún tiempo que medir, que pensar,
un aleteo que termina al fin como una estrella
que, de tanta luz, nadie puede ya verla.

Atardecer sereno

El aire frío de agosto me recuerda que estoy vivo.
La ciudad la imagino lejana, ruinas de una época
bárbara ya superada hace mucho.
No hay nada en la tierra que desee poseer;
sólo camino a grandes zancadas en dirección a casa.
Pienso en los amigos que no he visto en años
y los veo jugando, como niños alegres, con las nubes
que se reflejan en los charcos.
No recuerdo ningún mal, ningún dolor.
Y el canto de los grillos ahoga el sonido
de las alarmas electrónicas.
Cierro los ojos, y veo un mar azul de olas floridas,
y un barco velero en el horizonte que viene, lento,
a buscarme con música y danzas de mis islas amadas.
Y no me molesta ser sombra de nadie
esta tarde fría de un agosto sin nombre, sin tiempo.

Reconciliación

Por una sola y única vez abrazaré a mi verdugo
y le diré al oído: “gracias por todo”.
Y dejaré el cuello descubierto para que el hacha
haga con limpieza su trabajo.
Y en ese instante último me reconciliaré
con los dioses ciegos y sordos que nada ven ni oyen,
y con los dioses que ven el futuro
y que saben que allá sólo hay un viento frío interminable.

Y, entonces, en el recordar súbito
veré la silueta de un bote a remos que viene lento a buscarme.
Y mi padre, vestido con pantalones bombachos
y boina vasca inclinada hacia el lado izquierdo de su sombra,
de pie en la proa me sonríe,
y veo que sus labios mudos me dicen “¡vámonos”!

Y que deshacerse sea pulcro

Que deshacerse sea pulcro,
suave
como el cáliz de los copihues.

Sobre la almohada reposa la apenas
levantada testa de pelo gris,
acaso pajizo entonces.
Y la colcha favorita, impecablemente desordenada,
igual que la juventud que llora
sordos sollozos
en una esquina del cuarto.

Será atardecer o será con sol alto;
pero el valle de sombras
entrará con pie de nube en la habitación
y tocará, casi con cariño,
el follaje muerto de las cortinas.

Manos de piel seca y escamosa;
pero de lejos te llamarán los besos de antaño,
cuando éramos sólo cuerpo
en la cama crujiente de nuestras noches y días
(si hasta los niños se despertaban
con el fragor de los jugos corporales).

Que sea pulcro mi dolor, sea que esté aquí
o esté allá de este mundo;

visitante suave para ti, como viento
que abraza el talle, que desordena
el pelo de la muchacha que amé desde
el primer día.

Que escriba en la pared de la memoria
no un epitafio,
no la despedida de quien vuelve a la nada;
sí un arco iris en el oleaje nocturno
de mares lentos nunca navegados por nuestros
huesos de tiza y aserrín.

Será un rostro sonriente contra
la ausencia florecida,
con caricias en el lenguaje de la mudez,
el teléfono apagado, los hijos
como versos desmedidos, pero bellos, libres,
alegremente dispuestos al olvido de la muerte.

Alguna fotografía con desnudez
y la lluvia: eso quedará.
Y tendremos un día apacible,
sintiendo la piel ungida, el renuevo del radial
y de las chilcas de la infancia,
ansiosos brotes en el silencio que viene.

Y el pecho sigue ahí, del mismo modo,
contra la tumba
y el mar, nada complaciente
con las falsas apariencias de la eternidad.

Y que deshacerse sea pulcro,
suave y rojo
como el cáliz de los copihues.

Nuestros descendientes

Quizás hallen en las viejas bibliotecas de ellos
algún poema olvidado parecido a éste.

Algún periodista mal pagado tal vez escriba
“Se halló un pergamino cuyas líneas
inexplicablemente van y vienen como surcos
de una siembra”.

Y algún paleógrafo, sin mucha convicción, dirá:
“Veré si puedo saber qué dicen estos caracteres arcaicos.
Se ve que es un lenguaje primitivo,
con palabras rudimentarias, onomatopeyas quizás
que imitaban el canto de los pájaros o el sonido de los ríos”.

Y no habrá a quién preguntarle.
Sólo estarán ahí las palabras mudas, incapaces
de narrar la finitud de los cuerpos que ya se fueron.

Y las examinarán bajo lupas electrónicas,
y analizarán la química de la tinta,
y aplicarán algo más preciso que carbono 14
para calcular la edad de las manos que escribieron
caracteres tan viejos como el sol.

Quizás el manuscrito termine en un museo para turistas
y toda esperanza de canto se aleje a una distancia sin retorno.

Quizás simplemente se pierda en los sombríos
bosques de un futuro sin humanos,
y el poema no será ni poema ni nada
cuando ya no haya idioma en el murmurar de las nubes
y no quede más que una enorme roca rodante
en la interminable noche espacial de nadie.

Un poema demasiado breve para cantar las hazañas de los
 héroes
y demasiado extenso para tanto impenetrable silencio que
 somos.

Querido poeta:

¿Habrá ya leído los poemas que le envié el mes pasado? ¿Sabe? La verdad es que no me hago muchas expectativas con mis escritos: escribo, antes que nada, para mí misma, y, según como venga la mano, veo si muestro o no mis poemas a más personas. Aunque, le confieso, me gusta la idea de publicar un libro: es como un tener un hijo. ¿Ud. cree que dicen algo mis poemas? Me alimenta también —y lo digo con algo de pudor— la vanidad de que me llamen poeta.

Escribo cuando me sobra algún tiempo entre tantas cosas que tengo que hacer todos los días. No hace mucho perdí un hijo (me lo mataron de madrugada en una carretera).iendo sándwiches y café a camioneros en un puestito que tengo a la entrada de una fábrica. En invierno lo paso mal; el frío, la lluvia, las gripes; con frecuencia me duelen los huesos y a veces orino más de la cuenta. Y en la noche veo el rostro de mi hijo entre las estrellas.

Le cuento todo esto por decir no más. Mis poemas son el único lugar en el que las cosas son como quiero, como las imagino: el río que corre con tanta suciedad lo describo como un arco iris luminosos en una noche de luna. Me gustaría escribir más, más y mejor desde luego. Pero una hace lo que puede. Vendo completos rellenos con salchichas baratas, y no tengo tiempo ni plata para visitar museos ni grandes bibliotecas. Mi cultura viene de una tierra habitada por gente rústica y buena; casi todos lloran sin lágrimas por sus hogares lejanos: camioneros, hombres solos que no leerán jamás un solo verso de quien les vende café con pan una mañana fría de

algún invierno cualquiera, al borde de un camino que la hierba
cubrirá un día cuando ya no estemos.

Dedicado a Nelsa Henríquez

Don Sergio:

Ud. tal vez ni se acordará de mí. Soy Marcia, y fui alumna suya en el liceo cuando Ud. era un profesor jovencito, recién recibido. Después de que Ud. se fue del pueblo (después de que lo echaron del trabajo, en realidad), las cosas se me dieron más o menos no más. Terminé el cuarto medio y después, pasando mil privaciones, estudié una carrera de técnico en computación. Algo aprendí, pero no sirvió de mucho; hay tantos técnicos que terminé trabajando en las cosechas de arándanos, con unos gringos que asomaban la nariz de vez en cuando por el huerto. Y, como sabía algo de computación, como gran cosa me pusieron a cargo de la oficina de registro de control de producción.

Ahí conocí al muchacho con el que me casé. Pero mi marido me salió borracho, y siempre teníamos muchos problemas. Al final se fue a Santiago y no supe más de él por años, hasta que un día me avisaron que lo habían atropellados en una avenida; iba, por supuesto, borracho. Yo sola crecí a mis dos hijos; ahora son grandes, uno estudia, el otro trabaja en una multitienda.

No quiero importunarle con mi historia. Le escribo nada más para contarle que encontré unos poemas suyos en la Internet. Me dio alegría saber que Ud. sigue escribiendo después de tantos años. Eso no más quería decirle.

Cuídese mucho.

Lección de estética para mi hija

¿Quién venció en Troya? Al final, la poesía.
¿Quién en la Guerra de Arauco? Al final, la poesía.
¿Qué pervive de la Revolución rusa? Al final, la poesía.

Y será así siempre: las verdades de la poesía perduran,
como las nubes, el barro, la sal de los mares espumosos.
Las otras, si duran algo, son solo datos olvidados
en los libros de historia.

Escucha entonces a las aves, crece y decrece como las mareas;
oye las piedras, su murmurante y duro silencio;
dile a tu corazón que converse con el olor
de la madera fresca
de los bosques oscuros de la memoria.

Quizás te dicten una metáfora que perdure más allá de tu
mortal vida
o te regalen una imagen con la que se emocionen muchachos
que todavía no han nacido.

La emoción dura como la luz de las estrellas:
un día será resplandor final, cual supernova en lejano cielo
que a otros ojos, y no a los tuyos, está reservado.

*¿EN RAZÓN DE QUÉ ESCRIBES TANTAS POESÍAS QUE NO HACEN
REÍR A NADIE?*

Desocupado lector:

No sé si te dije una vez que dejaría la poesía si las cosas empeoraban. El hecho es que sí empeoraron, y mucho: nadie en casa ni se acostaba ni se levantaba con optimismo. Todos vivían con rabia, con enojo, listos para estallar al primer contratiempo, por pequeño que sea. Las cosas se volvieron todavía peores en invierno: sólo calefaccionarnos nos demandaba tanto dinero que no sabíamos qué hacer para mantener a flote la pobre economía doméstica. Y eso nos ponía muy agresivos y resentidos; las deudas nos agobiaban y por más que trabajábamos hasta reventar apenas si ganábamos para pagar los intereses. ¿Y la poesía, te preguntarás? Pues, contra todo pronóstico, resistió el vendaval bastante bien, y no sólo resistió: se hizo diaria, como ir al baño o comer, imprescindible para pasar los días grises de la desesperación. Para entonces escribí poemas simples (o que me parecían simples; si ya los has leído sabrás ponerle mejor adjetivo); poemas que estimulaban, me parece, una emoción contenida, la misma que asoma cuando en cualquier objeto sin importancia se ve, de pronto, la trama toda del universo y se oye el silencio ensordecedor de las horas y la luz.

Pero no soy quién para hablar de mis poemas.

La vida es más moderna que antes, sin duda; pero todo tiene un alto precio. Y esta vez, entre los bancos y casas prestamistas que nunca pierden, malas decisiones financieras nuestras y la objetiva necesidad de pagar por la educación de nuestros hijos (como sabes, en este país el conocimiento se ha vuelto, tristemente, una mercancía muy cara), precipitaron una crisis que no nos dejaba ni dormir: enflaquecidos, ojerosos, enrabiados de una rabia humillante, aprendimos al cabo a vivir a este lado de las vitrinas sin desear nada que no sea lo justo para pasar al día los días, todos iguales, todos medidos con los mismos relojes. Llegamos, sin proponérselo, a una especie de nirvana en los grandes supermercados: nada que no sea imprescindible era objeto de nuestro deseo a pesar de las bellas chicas en minifalda que promueven de un cuanto hay. En fin, quería contarte, nada más, sin mucho dramatismo, estas tribulaciones cotidianas mías y de tantos. En este tiempo leí textos de Marx, de Trakl y de Brecht (alemanes como éstos siempre ayudan a comprender mejor). Con ellos aprendí a entender la sombría imagen de un paisaje crepuscular que se pierde, a la vez, en un horizonte de ceguera y olvido, de lucidez y memoria.

En cuanto a las deudas, éstas siguen ahí. Pero ya dejaron de importunarnos. Pagamos y pagamos y pagaremos cada día mientras podamos. Y si no podemos, simplemente cortaremos la manguera del aire de un tajo. Y los buzos, que estamos debajo de las olas azules y violentas del mar, quedaremos ahí en el fondo, en el lecho fangoso para siempre o hasta que los cataclismos del futuro nos arrojen de nuevo a las playas en las que quizás aprendamos otra vez a respirar.

Aunque es claro para todos, no lo es para ti. Preguntas: “¿en razón de qué escribes tantas poesías que no hacen reír a nadie?” ¿Será que quieres poesías que no impacienten el tranquilo ritmo de las patologías, que no detengan el deslizamiento suave de éstas, como cuando la seda es arrastrada apenas sobre un piso limpio y lijado con pulcritud extrema? Tengo un libro áspero en mi boca producto de recesiones galopantes: ya perdí la capacidad de imaginar las cosas sin tales desórdenes que, en realidad, no son sino las maneras en que se manifiesta el orden claro, transparente, profundo, de la nada, de la pusilanimidad o de la estulticia.

Sé que no me explicaré; la voluntad de entender no es suficiente, menos cuando el asunto mismo no podrá agotarse nunca por más que los doctos celebren debidamente los lances de la palabra. Deberías —me digo a mí mismo— leer a Cyril Connolly y luego arrojar todo lo que crees amar a la basura en que se convirtieron los días que debieron ocurrir y no ocurrieron. Comprendo que es pedir demasiado; pero ¿escribiría yo sin el exceso —a veces inocuo, a veces necesario— de ser y no ser?

Llegada la hora, que la niebla entre con una larga sonrisa a las costuras y remiendos de las ropas perfumadas; que deposite en mi frente el último beso de los labios que amé y deje tranquilo al cuerpo cansado de tantas promesas que no cumplió ni le cumplieron, de tantas buenas ideas que murieron en cuanto llegaron a oídos de los grandes... Comprenderás mi

razón (si es que ésa fuera la palabra que aquí conviene) para amar el olvido y sus placeres llenos de estrellas y para amar la negra tierra que no habla pero que trabaja sin cesar sus castillos en los que habitaremos todos los que no tenemos a dónde ir en este mundo.

Debo a tantos estas páginas. Los textos son registros poéticos de lo que he visto, vivido o me han contado. Nunca terminaré de agradecer a la gente cuyas vidas han sido o son, sin que lo sepan o sabiéndolo, material para mi poesía; ellos son, a su modo, los verdaderos autores. Libro circunstancial, sin duda, sin más pretensión que ser relámpago —es un decir en realidad— que ilumine por un instante, con la emoción y con el pensamiento, la materia oscura de que están hechas las vidas de los cuerpos y de las cosas.

Nací un día de mayo de 1958, en el hospital de Achao, Isla de Quinchao, Chiloé (el hospital se derrumbaría dos años después a causa de un terremoto). Nací con la cabeza rota, literalmente. Por el cráneo fracturado sería que entró la polilla del pensar. Llevo, a la fecha, más de medio siglo a esta lado del canal. Andaduras por aquí y por allá; pero siempre he

llevado la palabra conmigo: lo esencial está en los versos y las prosas que van saliendo, que van entrando al mar.

La poesía: el aire de mi aire.

Curaco de Vélez, Osorno, Las Canteras de Niebla
2008- 2011